

Primero, entonces,
la tristeza.
Una tristeza
irracional que repite
el libreto (a veces
con lágrimas y a
veces sin ellas) ante
situaciones de
emergencia:
¿Dónde?
¿Cuándo?
¿Por qué a mí?

Carmenza Zá
1994

Es instantánea la
sensación de estar
cayendo en picada a
1.008 kilómetros por
hora.

Las articulaciones
duelen, se frunce el
ceño y el corazón

siempre requiere de
mucho producción.
Timing.
Me quedé sentada
en medio de todos
mientras se llevaban
por partes lo que
otrora fuera mi casa,
tu hogar,
el café de la
esquina,

DOSIS MÍNIMA
LOCAL

puerta al dolor: los
recuerdos favoritos
potencialmente
dolorosos. Esos.
Al final, entender.
Hubo una
comprometida
escenografía.
Hubo luces,
sonido,
actores.
La mentira

“Si no me
encuentras, no me
sientes”

Un dolor que
aparece corriendo
rápidamente de una
puerta a otra, de un
recuerdo a otro,

“¿Hay alguien
ahí?”

Luego, el
calmante, para
obligarse a bajar el
ritmo, a no hacer
más preguntas por
segundo de las que
realmente se es
capaz de resolver.
Dormir pesada.
Dormir triste.

¿No puede
dolerme solo a mí?

Así, el dolor.

El dolor que
siempre estuvo
ahogado por el
enojo y la tristeza.
Escondido.

respiración, el
normal paso de
alimento y el ritmo
usual del tránsito de
sangre.
Es como si el
cuerpo de verdad
quisiera morirse un
poco.

(allí donde siempre
dicen que se
hospeda el amor),
ese espacio carnoso
entre el pecho y la
espalda, empieza a
sentirse lleno de
aire.

No duele pero
parece inflarse
hasta impedir la
correcta

el lugar de la
cerveza y el del
chocolate picante,
la montaña por
subir.
Ni la tristeza
ni la ira
ni el dolor.
Na
da.

Tomar agua para
no deshidratarse,
limpiarse el
vestido y evitar
morirse un
poquito más
en lo que queda
de caída libre.

Con el dolor se
dialoga como con
un espectador fiel y
silencioso que ahora
es inquietino.
Compartimos un
inventario de
momentos en los
que fuimos
auténticamente
felices y de los que
siempre tuvimos la
certeza servirían de

Pero luego se
instala.

El do lor se ins ta la
en la ca be za.

Ya nos vimos todos
el rostro.

Ya sabemos que
nos despediremos,
ojalá pronto pero
¿y si no?

Luego, por un
rato, la rabia.
La desconfianza, el
enojo.
Descubrirse con la
cara desfigurada por
la ira cuando el
recuerdo de la
información que se
omite, que se

esconde, que se
encubre, vuelve a la
cabeza. Empieza una
a preparar un
bombardeo
de argumentos,
de reclamos,
de ofensas,
de venganzas
suavizadas que
pretenden pasar
por justicia,
por reparación.